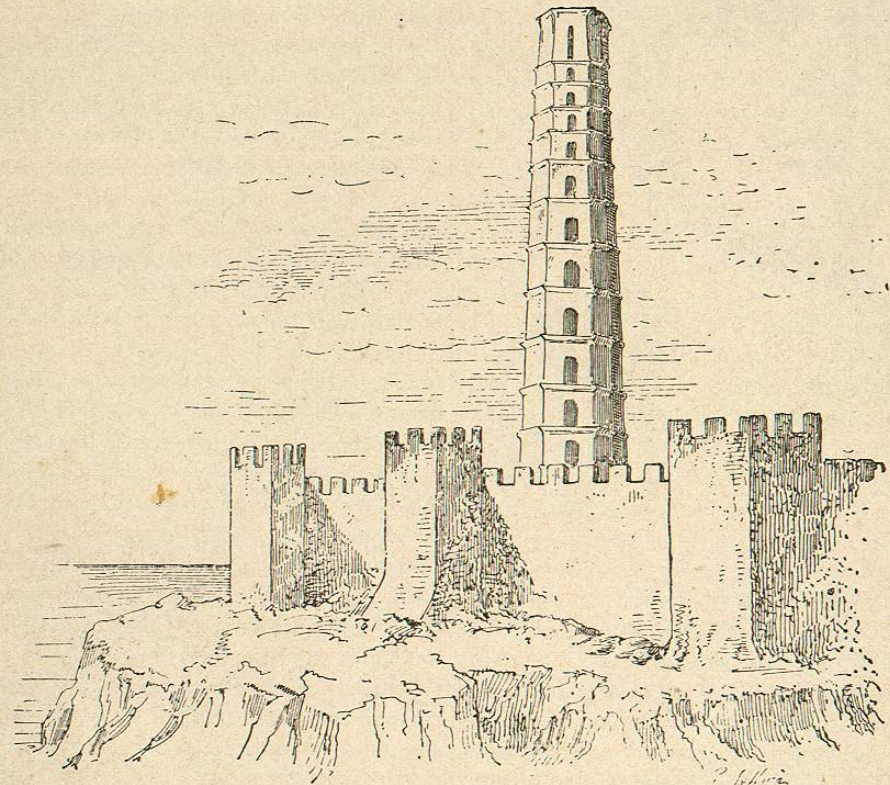


ga Vitelio. Su incapacidad era notoria; pero su gran crimen consistía en su simpatía por Vespasiano. Se le acusaba, no sin motivo, de haber favorecido la rebelión de Civilis para que aquél triunfara. Un motín le obligó á resignar el mando en manos de Dillio Vocula, legado de la vigésima segunda legión. Volvió á tomar el mando luego. Obtuvo de sus soldados juramento de fidelidad á Vespasiano cuando hubo muerto Vitelio. Pero aquel juramento, prestado de mala gana, pesaba á los soldados. Un día exigieron la gratificación concedida por Vitelio, sabedores de que la había enviado. Se

los restos del ejército romano? Los exaltados pedían su degüello. Los más listos aconsejaban que se aprovechara la indisciplina de las tropas para inducirlos á nuevos atentados, de modo que no se les presentara luego otra salida que la traición. Este partido prevaleció. El ejército estaba entonces dividido en dos grupos. La cuarta legión y el depósito de la quinta estaban encerrados por Civilis en las líneas de *Castra Vetera*, en el Rhin inferior, frente al Lippe. La primera, la quinta y la vigésima segunda, mandadas por Vocula, que de nuevo era general en jefe, seguían el curso del río para librar



Faro de Calígula en Bolonia, convertido en fortaleza en 1544 por Enrique VIII de Inglaterra y derruido en 1644

les distribuyó en nombre de su sucesor. Aquello bastó para encender su cólera. Se precipitaron en la tienda de Hordeonio, le arrastraron fuera de su cama y le mataron. Vocula, también sospechoso, se libró de igual suerte apelando á la fuga, vestido de esclavo.

La fidelidad de las tropas auxiliares no resistió á tal espectáculo. Los tongros fueron los primeros en pasarse á Civilis en pleno combate. Les siguieron los nervios, cuya actitud comprometió seriamente al ejército y estuvo á pique de producir un desastre. Los nervios y los tongros eran semigermanos. Más grave fué la defección de los treverios y lingones, debida al lingón Julio Sabino y á los dos treverios Julio Clásico y Julio Tutor. Como Floro y como Sacrovir, como el mismo Civilis y tantos otros, eran hombres de alta nobleza que Roma hizo ciudadanos y á quienes dió mandos en sus respectivas naciones. El asesinato de Hordeonio borró sus últimos escrúpulos. Se entendieron con Civilis y tuvieron un conciliábulo secreto en una casa aislada de Colonia, y allí tomaron las resoluciones definitivas, de acuerdo con los principales conjurados.

Se presentaba un problema. ¿Qué debía hacerse de

á la plaza bloqueada. Clásico y Tutor formaban parte de este segundo cuerpo de ejército. Se acercaban á Vetera cuando creyeron oportuno declarar sus intentos. No atacaron á Vocula, sino que se limitaron á separarse de él levantando su campamento á corta distancia del romano. Aquello era la ejecución del plan acordado en Colonia. Vocula no tenía bastante confianza en sus soldados para contestar con un ataque á tal demostración. Se limitó á amenazar á los traidores. Retrocedió hasta Neuss, seguido paso á paso por los desertores. Entre los soldados de ambos bandos se fraternizaba. El desdichado general presenciaba impotente aquellas intrigas. Quiso suicidarse; pero se lo impidieron sus oficiales y sucumbió á los golpes de un desertor de la primera legión. Los otros dos legados fueron entregados á Clásico. Quedaban los defensores de Vetera. Hasta entonces habían resistido; pero no podían esperar socorro y el hambre era insoportable. Se les prometió la vida á condición de unirse á los vencedores; pero apenas salieron de sus atrincheramientos, cayeron en una celada y no escapó uno sano y salvo. Las legiones de Vocula fueron enviadas hacia Tréveris, ro-

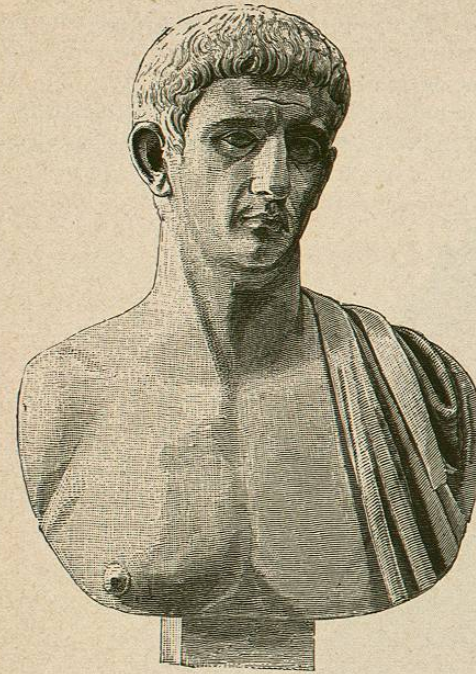
deadas de una muchedumbre que acudió para presentarle su humillación. Ya no había ejército romano en la Galia.

La defección de los auxiliares treverios y lingones ocasionó la de sus compatriotas. Otras ciudades se in-

clanaban á rebelarse. En el movimiento que arrastró á los galos se advierten claramente dos corrientes, si no contrarias, muy diversas cuando menos. En el seno de las masas populares y rurales, el odio al extranjero se mantenía por la supervivencia de las costumbres y tradiciones célticas. Estos sentimientos se manifestaron por dos veces, una cuando la rebelión de Sacrovir, y otra poco antes, cuando el levantamiento de Maricco.

Los avivaban los druidas, que de repente aparecen en lo más fuerte de esta crisis, siendo así que se les buscó en vano entre los adversarios de César. Sus predicaciones fanáticas, sus anatemas, sus profecías conmovían el alma de la multitud. Las ideas de los jefes eran más complejas. Estaban demasiado acostumbrados á la civilización romana para desdeñar sus beneficios, harto imbuidos de la disciplina para imaginar un gobierno regular que no fuera copia y trasunto del romano. Tal era el ascendiente de la ciudad soberana hasta sobre aquellos que trataban de sacudir su yugo. Podían liberarse de sus leyes; pero el sello que habían recibido de ellas era indeleble.

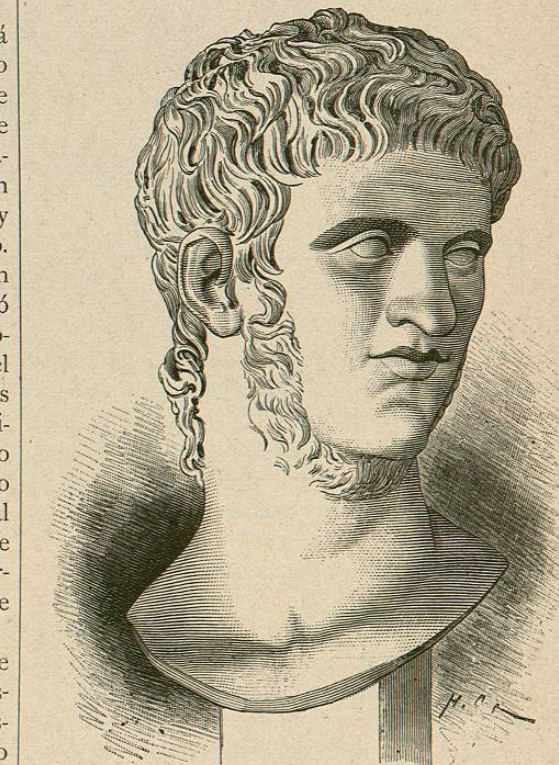
El régimen que estos hombres trataron de fundar se nos presenta como un curioso compromiso entre las aspiraciones á la independencia y el respeto casi supersticioso á las prácticas e instituciones romanas. Cuando Clásico se presentó á las legiones, después del asesinato de Vocula, fué con las insignias de un general romano. El juramento que era costumbre que prestasen los soldados lo hizo prestar al *Imperio de las Galias*. La conducta de Sabino fué aún más significativa. Mandó destruir las tablas en que estaban grabados los tratados entre Roma y los lingones; pero se hizo saludar César. Decíase que su bisabuela fué amada por el conquista-



Claudio. (Museo del Vaticano.)

Estos sentimientos se manifestaron por dos veces, una cuando la rebelión de Sacrovir, y otra poco antes, cuando el levantamiento de Maricco. Los avivaban los druidas, que de repente aparecen en lo más fuerte de esta crisis, siendo así que se les buscó en vano entre los adversarios de César. Sus predicaciones fanáticas, sus anatemas, sus profecías conmovían el alma de la multitud. Las ideas de los jefes eran más complejas. Estaban demasiado acostumbrados á la civilización romana para desdeñar sus beneficios, harto imbuidos de la disciplina para imaginar un gobierno regular que no fuera copia y trasunto del romano. Tal era el ascendiente de la ciudad soberana hasta sobre aquellos que trataban de sacudir su yugo. Podían liberarse de sus leyes; pero el sello que habían recibido de ellas era indeleble.

El régimen que estos hombres trataron de fundar se nos presenta como un curioso compromiso entre las aspiraciones á la independencia y el respeto casi supersticioso á las prácticas e instituciones romanas. Cuando Clásico se presentó á las legiones, después del asesinato de Vocula, fué con las insignias de un general romano. El juramento que era costumbre que prestasen los soldados lo hizo prestar al *Imperio de las Galias*. La conducta de Sabino fué aún más significativa. Mandó destruir las tablas en que estaban grabados los tratados entre Roma y los lingones; pero se hizo saludar César. Decíase que su bisabuela fué amada por el conquista-



Nerón. (Museo del Capitolio.)

estallar estos disonamientos. Ni su inteligencia ni su valor mismo estaban á la altura de sus ambiciones. Para asegurarse la adhesión de los secuanos entró á sangre y fuego en su territorio, fué derrotado y huyó cobardemente. Refugióse en una de sus quintas y la quemó

para hacer creer en su muerte. Se creyó que había perecido como Saerovir; pero vivía en un subterráneo, consolado y sostenido por el cariño de su esposa Eponina. Así vivió nueve años. Descubierto al cabo, fué llevado con ella á presencia de Vespasiano. Las lágrimas de la noble gala y su sacrificio conmovieron á todos los presentes y al propio emperador. Pero éste creyó que no debía perdonar y lo único que obtuvo Eponina fué compartir el suplicio de su esposo como había compartido su retiro.

La derrota del lingón Julio Sabino aceleró un cam-

aplaudieron las generosas palabras de Valentino; pero se siguió el consejo de Aupex. Se dirigió una proclama á los treverios para conminarles, en nombre de la Galia entera, á fin de que depusieran las armas.

Pronto llegó, á la cabeza de un poderoso ejército, el nuevo gobernador de la Germania inferior, Q. Petilio Cerealis. En los discursos que pronunció ante los galos les expuso en términos levantados las ventajas de la dominación romana.

«Entramos, les dijo, en vuestro país á petición de vuestros ascendientes, cansados de sus discordias y conver-



Galba. (Museo de Nápoles)

bio de opinión que acabaron de precipitar las noticias llegadas de Roma. La era de las guerras civiles quedaba cerrada. Un gobierno fuerte ocupaba el poder. Se habían dado órdenes para dirigir á la Galia todas las tropas disponibles de los países vecinos, de España, Bretaña é Italia.

El desorden había llegado á su colmo cuando intervinieron los remos. Se habían declarado al principio contra Roma, sin llegar empero á una abierta hostilidad, y ahora se mostraban sumisos como casi toda la Galia. Invitaron á todas las ciudades galas á asistir á un congreso que debía celebrarse en Durocorturum (Reims), para decidir de la conducta futura. No acostumbraban los romanos á tolerar asambleas de esa especie, y el solo hecho de haberse reunido ésta demuestra la impotencia momentánea á que se vieron reducidos. Pero la misma libertad de esta reunión es garantía de su sinceridad. El treverio Julio Valentino optó por la resistencia. El remo Julio Aupex le contestó. Presentó á los pueblos como incapaces de unirse y disputándose ya por adelantado el fruto de la victoria. Se

tidos, gracias á ellas, en presa de los germanos. Desde entonces vigilamos la frontera del Rhin, no para defender á Italia, sino para que un nuevo Ariovisto no reine sobre vosotros. No ha cesado el peligro. Iguales son hoy que ayer vuestros vecinos. Son pobres y sois ricos. Si exigimos de vosotros el servicio militar y el pago de un impuesto es para aseguraros la paz. ¿Imagináis acaso que no necesitaréis tropas si os encargáis de vuestra propia defensa? ¿Creéis que Civilis y sus bátavos os tratarán mejor que sus ascendientes á los vuestros? Hemos tenido malos emperadores y hemos padecido más que vosotros, porque nosotros estábamos cerca de ellos y vosotros lejos. Los tuvimos buenos y os aprovechasteis de sus beneficios á pesar de la distancia. ¿Quién os garantiza que Clásico y Tutor serán mejores dueños? Aprended á padecer los males inevitables como se padecen las plagas de la Naturaleza. Soportad las cargas á cambio de los beneficios que implican. Nuestra ciudad no es una ciudad cerrada. Todos gozamos de los bienes que nos proporciona. ¡Cuántas veces no habéis mandado nuestras legiones, gobernado nuestras

provincias, éstas y las otras! Amad y respetad, pues, esta ciudad abierta á vencedores y vencidos. ¡Qué no sucedería, ¡oh dioses!, si por azar sucumbía! La guerra se desencadenaría inmediatamente entre todas las naciones. Ocho siglos de fortuna y de prudencia han ele-

ba la guerra con fortuna varia. Pero era ya únicamente una lucha entre romanos y germanos. Entre los bárbaros, los galos que habían escapado al desastre, no sabían qué partido tomar. Civilis acabó por cansarse. Tentó la lealtad de Cerealis invitándole á fundar por



Otón. (Museo del Capitolio.)

vado tal edificio; el que lo derrumbara moriría bajo sus escombros.»

La sabiduría de los actos de Cerealis no fué menor que la de las palabras. Envió á sus casas, á cuidar de sus haciendas, á los galos que se armaron para defender el imperio, pues para tal tarea bastaba el ejército romano.

Su presencia bastó para someter á las legiones culpables. Pero, á pesar del congreso de Reims, los treverios persistían en combatir. Ocupó su capital después de dispersar las hordas de los insurgentes y no permitió que sus soldados se entregaran al pillaje. Entretanto Clásico y Tutor iban á remolque de Civilis. Continua-

su cuenta el imperio de las Galias, que había sido un sueño ilusorio para Clásico, Tutor y Sabino. En cuanto á él, se contentaba con Germania. Como fueron rechazadas sus proposiciones y á una derrota sucedía otra, pidió la paz, considerándose dichoso con obtener para sí y para su pueblo la benevolencia de Roma. Clásico y Tutor, con los senadores treverios que se les mantuvieron fieles, en número de ciento trece, pasaron el Rhin en compañía de Civilis para vivir lejos de su patria. Los demás jefes de la rebelión se suicidaron ó cayeron prisioneros. La más ilustre de aquellas víctimas fué Valentino, el orador de Reims. Llevado en presencia del emperador, dió lustre á su causa por la nobleza

de su actitud y por su firmeza en el suplicio. Tréveris fué despojada de sus privilegios, y del rango de ciudad libre pasó al de ciudad sometida.



Moneda de Vitelio

Los disturbios del 70 fueron las últimas protestas contra la conquista. Demostraron hasta la evidencia cuán pocos eran y cuán aislados estaban los enemigos del nuevo orden de cosas, por lo menos los decididos á llegar hasta el fin. De las sesenta y cuatro ciudades de Aquitania, Bélgica y la Cél-tica, sólo cuatro, los lingones, los treverios, los nervios y los tongros se sublevaron. Los demás sólo demostraron descontento. Se vió, además, que hasta los principales agitadores diferían mucho de Vercingetórix y que no pensaban en resucitar

la Galia con sus antiguas leyes y costumbres. Los galos, consultados, declararon, por inmensa mayoría, que anhelaban continuar siendo romanos. Y desde entonces lo fueron, sin segunda intención y sin excepciones. La dinastía julio-claudiana hizo mucho para unirles al Imperio. Los crímenes de Nerón y las catástrofes que siguieron á su caída sirvieron para alentar las esperanzas de los descontentos. El gobierno de los Antoninos y Flavios no sólo les desalentó, sino que les desarmó. Entonces sellóse, de una manera definitiva, la unión de la Galia con Roma. Sin embargo, hay que notar que hubo una idea que entonces se manifestó y que reapareció luego en circunstancias análogas. En el siglo III y cuantas veces vemos prevalecer las fuerzas que minan la unidad y la grandeza del Imperio, surge ese imperio galo que se separa de Roma sin renegar de ella, combinación híbrida en que se advierten, en proporciones variables, el ansia de sumisión y la de rebeldía.



Vespasiano

LIBRO TERCERO

EL GOBIERNO DE LA GALIA EN LOS SIGLOS I Y II ANTES DE J. C

CAPÍTULO PRIMERO

EL GOBIERNO CENTRAL

I. La monarquía imperial.—II. Las circunscripciones provinciales.—III. Las circunscripciones provinciales (continuación). La frontera germánica.—IV. Los gobernadores de las provincias. La justicia.—V. El impuesto.—VI. El servicio militar y el ejército galo romano.

I.—La monarquía imperial (1)

La conquista de la Galia coincide con la revolución que establece la monarquía imperial. Este gobierno fué el nuestro durante muchos siglos y moldeó nuestro espíritu dejando una huella imborrable en las costum-

(1) FUENTES.—Véase la nota que va al principio del libro primero. Las inscripciones latinas de la Narbonense fueron publicadas por O. Hirschfeld en el tomo XII del *Corpus inscriptionum latinarum*, 1888. Las inscripciones de la Aquitania y la Lyonesa las publicó el mismo sabio en el tomo XIII, 1899. La parte del tomo XIII que falta publicar contendrá las inscripciones de la Bélgica y de las dos Germanias. Acerca de estas últimas provincias, y de las otras también, pueden consultarse, además de las colecciones parciales que iremos citando en ocasión oportuna (véase singularmente el libro V, capítulo I), los periódicos, y en particular: *Bulletin épigraphique de la Gaule*, por Florián Vallentin, continuado por Mowat, 1881-1886. *Revue épigraphique du Midi de la France*, por Allmer, continuado por Espérandieu. *Revue archéologique*, *Comptes rendus de l'Académie des Inscriptions et Belles Lettres*, *Bulletin et Mémoires de la Société des Antiquaires de France*, etc. En Alemania: *Jahrbücher des Vereins von Alterthumsfreunden im Rheinlande* ó *Bonner Jahrbücher*; *Westdeutsche Zeitschrift für Geschichte und Kunst*, etc. Las inscripciones griegas de la Galia y de la Germania fueron publicadas por Lebégue en el *Corpus Inscriptionum graecarum*, volumen de las *Inscriptiones graecae Siciliae et Italiae*, 1890.

OBRAS DE CONSULTA.—Véase la nota que va al principio del libro primero. Mommsen (*Histoire romaine*, V, traducida por Cagnat y Toutain, I, 1887) y Jullian (*Gallia*, 1892) han presentado un cuadro resumido de la Galia romana. La obra capital acerca las instituciones de la Galia es la de Fustel de Coulanges, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*. Vol. I, *La Gaule romaine*, 1891. II, *L'invasion germanique et la fin de l'Empire*, 1891; IV, *L'alleu et le domaine rural*, 1889. V, *Les origines du système féodal. Le bénéfice et le patronat*, 1890. Véase también Viollet, *Histoire des institutions politiques et administratives de la France* (con copiosa bibliografía), I, 1890, y Glasson, *Histoire du droit et des institutions de la France*, I, 1887. Para la historia general del Imperio: Le Nain de Tillemont, *Histoire des Empereurs*, 1690-1740. Duruy, *Histoire des Romains*, nueva edición, 1885, III-VII. Schiller, *Geschichte der Römischen Kaiserzeit*, 1883-1887. Para las instituciones: Mommsen-Marquardt, *Manuel des Antiquités romaines*, traducción francesa desde 1887. Bouché-Leclercq, *Manuel des Institutions romaines*, 1886.—A fin de evitar numerosas repeticiones, nos abstendremos de citar las mencionadas obras en el curso de este trabajo.

bres y en las leyes. Importa, pues, puntualizar en qué consistía.

El principio fundamental del derecho público en Roma era la soberanía popular encarnada en los comicios y en el Senado. El Imperio suprimió los comicios, y el Senado, convertido en único depositario de la soberanía, fué la sola fuente de la autoridad legítima. Los emperadores no fueron nunca considerados sino como delegados suyos, y, por su mediación, como los delegados del pueblo, del que continuaba siendo el representante. Por tal motivo la herencia quedó separada de la idea de la monarquía. En la práctica se confundieron á veces. El emperador reinante pudo hacer que su hijo le sucediera; pero nunca sin un voto previo del Senado. Hasta en los últimos días del Imperio, cuando ya la herencia era un hecho, no varió la teoría, y Justiniano la profesa aún en el prefacio del *Digesto*.

Si las doctrinas políticas de los romanos no les encaminaban hacia la monarquía hereditaria, todo les inducía á proclamar la monarquía absoluta. La soberanía delegada no dejaba de ser soberanía. Ejercida por el pueblo ó confiada por él á un hombre, no sufría restricciones ni límites. Los cónsules, herederos del poder real, habían sido tan poderosos como los reyes. La diferencia estribaba en que el poder era anual y lo compartían dos titulares. Aquel método aseguró al Senado la dirección de los asuntos. Bien considerada la constitución republicana, no es otra cosa que un conflicto, prudentemente organizado por la alta asamblea y en su provecho, entre múltiples magistraturas, y, en cada una de éstas, entre dos ó más colegas. Si cesa de repente este tira y afloja, si estos poderes dispersos se concentran en una mano, si esta delegación de la soberanía reposa sobre una cabeza, surge el despotismo, aparece el Imperio.

La magistratura imperial no era, como se ha dicho, un resumen de todas las demás acumuladas. El emperador no era cónsul ó lo era sólo en muy contadas ocasiones, y el consulado, cuando se dignaba ejercerlo durante unos meses, agregaba una nueva dignidad á las que ya disfrutaba. Verdad es que la mayoría de sus atribuciones, si no todas, pueden deducirse de tres títulos cuya serie, siempre reproducida en los documentos públicos, representa el conjunto ó la esencia de sus poderes. Es Gran Pontífice, *Pontifex Maximus*, y, por ello, jefe de la religión nacional. Hállase investido del poder tribunicio, es decir, inviolable, y armado del derecho de iniciativa legislativa y de veto. Es *Imperator*, es decir, hállase en posesión del *imperium* que comprende la plenitud del poder militar y judicial. Añada-